

El joven Rey impulsa la presencia de España en el exterior

NUÑO AGUIRRE DE CÁRCER *

Estos breves apuntes, al filo del vigésimo aniversario de la Proclamación del Rey, no tienen ninguna finalidad hagiográfica. Tratan sólo de recordar algunas de las acciones o declaraciones de Don Juan Carlos, con proyección en el campo internacional, durante el corto período anterior a la entrada en vigor de la Constitución de 1978 que fija y recorta las atribuciones del Jefe del Estado.

Almorzando en la Embajada de España en Bruselas camino de una cacería, el Conde de Barcelona me pidió, el 18 de noviembre de 1976, que no dejara de telefonarle esa noche para darle el resultado de la votación por las Cortes del proyecto de Ley para la Reforma Política. Al conocer su éxito, Don Juan exclame exultante: "¡Qué bien el Joven Rey, qué bien!".

«Qué duda cabe que la persona del Rey era una baza enorme para intentar restablecer el prestigio y el papel de España en el escenario internacional, y para dar un decisivo impulso a conversaciones y negociaciones por las que discurría la política exterior española, de cara a Europa, a Iberoamérica, a los Estados Unidos, a la Santa Sede, a los países árabes, a las Naciones Unidas.»

Qué duda cabe que la persona del Rey era una baza enorme para intentar restablecer el prestigio y el papel de España en el escenario internacional, y para dar un decisivo impulso a conversaciones y negociaciones por las que discurría la política exterior española, de cara a Europa, a Iberoamérica, a los Estados Unidos, a la Santa Sede, a los países árabes, a las Naciones Unidas, tareas en las que trabajaba nuestra diplomacia desde hacía años en medio de dificultades bajo la dirección de los sucesivos Ministros de Exteriores desde Fernando Castiella hasta José María Areilza y Marcelino Oreja..

De ahí el gran interés en que acudieran a la Proclamación Real máximos dignatarios extranjeros. Sólo recordaré aquí tres: los Presidentes Giscard d'Estaing y Scheel, y el

*Embajador de España.

Vicepresidente Nelson Rockefeller. Los dos primeros encajaban en las dos grandes tendencias históricas de nuestra política europea. En efecto, si volviéramos la vista atrás casi tres siglos encontraríamos a los Borbones de Francia y a los Austrias disputándose por ser los "padrinos" del Trono de España. Y curiosamente, si en el tiempo actual buscáramos a los "padrinos in pectore" del socialismo español, volveríamos a tropezarnos con los franceses y los alemanes pujando por sus respectivos candidatos. ¡La Historia y la Geografía mandan! Por su parte el nombre de Rockefeller era en sí una promesa firme del apoyo con que podría contar la joven Monarquía. A partir de entonces el Rey va abriendo para España puertas, hasta esos años cerradas o tan sólo entreabiertas, en los ambientes políticos y económicos mundiales.

El Rey expone en Washington la Monarquía democrática Española

El hecho de que 1976 fuera el año del Bicentenario de la Independencia de los Estados Unidos de América, en cuya conmemoración habríamos de participar para resaltar la gran ayuda española en dicho acontecimiento histórico, hizo que se anticipara la visita a Washington, frente al proyecto de empezar por Europa, como deseaba Giscard.

La existencia de unos Convenios bilaterales que desde más de veinte años venían

encauzando nuestras relaciones en campos cada vez más amplios y diversificados servía de telón de fondo actualizado para las conversaciones a que daría lugar la presencia del Rey de España y su Ministro Areilza. Pero se quería sobre todo aprovechar la inmensa caja de resonancia que son Washington y Nueva York para explicar y, en cierto modo, "poner de largo" ante un escenario mundial lo que era la esencia de la Monarquía española encarnada en Don Juan Carlos.

«En la solemne sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos el 2 de junio de 1976, los Senadores y Representantes subrayaron con sus calurosos aplausos la importancia del compromiso democrático que asumía el Rey al decir que "la Monarquía española se ha comprometido desde el primer día a ser una institución abierta en la que todos los ciudadanos tengan un sitio holgado para su participación política sin discriminación de ninguna clase y sin pretensiones indebidas de grupos sectarios y extremistas.»

En la solemne sesión conjunta del Congreso de los Estados Unidos el 2 de junio de 1976, los Senadores y Representantes subrayaron con sus calurosos aplausos la importancia del compromiso democrático que asumía el Rey al decir que "la Monarquía española se ha comprometido desde el primer día a ser una institución abierta en la que todos los ciudadanos tengan un sitio holgado para su participación política sin discriminación de ninguna clase y sin pretensiones indebidas de grupos sectarios y extremistas. La Corona ampara la totalidad del pueblo y a cada uno de los ciudadanos, garantizando a través del Derecho, y mediante el ejercicio de las libertades civiles, el imperio de la justicia."

Se refirió también a la alternancia en el Poder, diciendo que "la Monarquía hará que, bajo los principios de la democracia, se mantengan en España la paz social y la estabilidad política, a la vez que se asegure el acceso ordenado al Poder de las distintas

alternativas de Gobierno, según los deseos del pueblo libremente expresados."

Habló después de la diversidad dentro de la unidad de España: "La Monarquía simboliza y mantiene la unidad de nuestra Nación, resultado libre de la voluntad decidida de incontables generaciones de españoles, a la vez que coronamiento de una rica variedad de regiones y pueblos, de los que nos sentimos orgullosos."

Los aspectos referentes a la relación bilateral hispano-norteamericana estaban en línea con la Declaración de Principios firmada el 19 de julio de 1974 por Nixon y el Príncipe en funciones de Jefe de Estado.

La forma clara, concisa y firme con que el Rey manifestó su visión de lo que debía ser la Monarquía española hizo innecesario insistir en tales expresiones en otras declaraciones públicas, pero su contenido lo repitió ante audiencias escogidas e influyentes en la opinión mejor informada del país: veinte periodistas norteamericanos en Washington, y en Nueva York los miembros del "Council on Foreign Relations" (uno de los principales centros de reflexión del "establish-ment" de los Estados Unidos). Lo mismo hizo el ministro Areilza en una conversación de más de una hora con el Secretario de Estado, Henry Kissinger, quien —sin dar señales de prisa alguna por el proceso— le preguntó por el cómo, el cuándo y el hasta dónde de la reforma española.

«Cuando en el primer semestre de la Monarquía pareció estancarse el carro de la reforma democrática, el Rey acudió de nuevo a un órgano de prensa norteamericano, la revista "Newsweek", haciendo unas valientes declaraciones al corresponsal diplomático Arnaud de Borchgrave, a quien "off the record" dejó caer el nombre del sucesor que preveía para Arias, Suárez (sorprendidos, algunos se preguntaban en el extranjero si sería Fernando o Adolfo).»



Don Juan Carlos no era tampoco un desconocido en los Estados Unidos, que había visitado en tres o cuatro ocasiones anteriores, bien como guardamarina en una escala del "Juan Sebastián Elcano"; bien en el curso de su viaje de novios en que saludó al joven Presidente Kennedy y le acompañamos a conocer Annapolis y West Point; bien más tarde, en 1971, ya formalmente Heredero de la Corona. En esta última vez la gran prensa norteamericana reseñó sus opiniones "cautamente evolucionistas" así como el que era consciente de que "sólo bajo una forma de democracia tendrá él una oportunidad de subsistir como Rey de España."

Más adelante, cuando en el primer semestre de la Monarquía pareció estancarse el carro de la reforma democrática, el Rey acudió de nuevo a un órgano de prensa norteamericano, la revista "Newsweek", haciendo unas valientes declaraciones al corresponsal diplomático Arnaud de Borchgrave, a quien "off the record" dejó caer el nombre del sucesor que preveía para Arias, Suárez (sorprendidos, algunos se preguntaban en el extranjero si sería Fernando o Adolfo). Para entonces el propio elegido había hecho esa misma confidencia al entonces Embajador británico en Madrid, Charles Wiggin. Casualmente el nombre salió al conocimiento público coincidiendo con la recepción del Cuatro de Julio en la Embajada de Estados Unidos. El propio Rey se encargaría en algún caso (como con el Presidente Giscard) de calmar los interrogantes y sorpresas con que cierta prensa extranjera

— que no estaba en el secreto— había reaccionado de forma sensacionalista y pesimista.

El reencuentro de un Rey de España con Europa

La triunfal acogida dada a Alfonso XIII por la capital francesa —demostración de agradecimiento popular por el apoyo humanitario del Rey de España ante los sufrimientos del pueblo francés— y la gratitud del Gobierno por la "neutralidad benévola" española en el conflicto, quedaron reseñadas en una crónica de Azorín en "ABC" en que subrayaba "el más amplio éxito de Don Alfonso en una ciudad espiritual, sentimental e irónica como París."

Medio siglo después, en 1973, la visita de los Príncipes a invitación del Presidente Pompidou fue el primer paso del reencuentro del futuro Rey con la Nación vecina, puerta inexcusable para nuestra entrada en Europa. Las palabras de Don Juan Carlos ante el Primer Ministro Messmer y Pompidou expresaban claramente la intención de España de "ver surgir a esa nueva Europa" y de "renovar nuestra indeclinable voluntad de contribuir a su formación"..., "colaborando en la gran tarea continental de nuestro tiempo: la formación de una Europa política y económicamente integrada", recordando con este motivo la frase de De Gaulle: "una Europa sin España carecería de profundidad". La visita dio la oportunidad de encuentros con varios otros políticos franceses, como Jobert, Galley, Giscard d'Estaing.

«Las palabras de Don Juan Carlos ante el Primer Ministro Messmer y Pompidou expresaban claramente la intención de España de "ver surgir a esa nueva Europa" y de "renovar nuestra indeclinable voluntad de contribuir a su formación"..., "colaborando en la gran tarea continental de nuestro tiempo: la formación de una Europa política y económicamente integrada", recordando con este motivo la frase de De Gaulle: "una Europa sin España carecería de profundidad"»

Este último nos dice que había quedado muy favorablemente impresionado con la sencillez del joven Príncipe, pero que conocía también "su falta de notoriedad" en los ambientes internacionales, así como "la existencia de una campaña que trataba de descalificarle como futuro Jefe de Estado". Para deshacer la primera y contrarrestar la segunda, el recién elegido Presidente Giscard le invitó en febrero de 1975 a una cacería en el palacio de Chambord, para "presentarlo en sociedad" en un decorado históricamente regio. Incluso se había traído expresamente de Versalles un cuadro en que Luis XIV saluda al Delfín. El anfitrión decía que "los símbolos tienen su importancia."

Con estos antecedentes, y tras la presencia de Giscard en Madrid en noviembre 1975, no es de extrañar que la primera visita oficial del Rey a Europa fuera precisamente a Francia, a fines de octubre de de 1976. Aun así, los fastos protocolarios no alcanzaron el nivel concedido, en visitas parecidas, al Sha de Persia o al Rey de Marruecos, tales eran las dudas y ambigüedades de Giscard al querer valorar el impacto de la visita real española en su propia imagen política (ante las sombras de los dos problemas candentes: refugiados terroristas vascos en Francia; y apoyo dudoso al proceso de acercamiento de España al Mercado Común).

En cuanto al contenido del viaje, la parte francesa

desplegó sus logros emblemáticos, en la industria (Thomson) y la defensa (plateau d'Albion, con sus misiles inmóviles obsoletos); la lluvia torrencial impidió visitar el complejo nuclear de Tricastin. Todo ello algo deslucido por el prematuro anuncio de un viaje real a Alemania y la decisión española en favor del sistema alemán de televisión PAL; siendo así que el nuevo Embajador francés, Deniau, íntimo amigo de Giscard, era además el Comisario de la República para el SECAM.

Al margen de las frases retóricas consabidas, recordemos que A. Fontaine, el gran periodista de "Le Monde", escribía: "España debe entrar en Europa por la puerta grande,... siendo la décima potencia industrial del planeta, a la vez que metrópoli cultural de la hispanidad". (28.10.76)

En la recepción de la Embajada española aparecieron más de mil compatriotas llegados desde las distintas demarcaciones consulares de la Francia profunda que veían por primera vez a sus Reyes.

Otro momento emotivo fue la recepción al Cuerpo diplomático hispanoamericano a petición espontánea de sus Embajadores, en un acto que serviría de precedente para otras visitas reales y que, en cierto modo, prefiguraba lo que serían más adelante las Conferencias de Jefes de Estado

Iberoamericanos. Pero ésa es ya otra, muy bonita, historia.

Sólo querría repetir aquí una antigua propuesta mía hecha a los sucesivos Ministros de Exteriores que, aunque bien acogida en las alturas, no ha tenido aún realización práctica. Se trata de extender la protección diplomática y consular española en favor de nacionales de países hispanoamericanos residentes en terceros países en que aquéllos no tuviesen su propia representación diplomática o consular. Se ha conseguido ya insertar una cláusula específica a tal efecto en el último tratado bilateral hispano-mexicano. A pesar de innegables dificultades de personal y presupuesto, estimo que la propuesta —hecha bilateralmente a los distintos países por España— merecería tomar cuerpo para crear desde los cimientos esa Comunidad iberoamericana con la que soñamos. Valdría la pena anunciar oficialmente esta oferta en una próxima Conferencia de Jefes de Estado Iberoamericanos.

Volviendo a nuestra vieja Europa se podría hacer comentarios similares a los anteriores, "mutatis mutandis", respecto a los viajes reales a Italia y Alemania en 1977, y a

Portugal y Austria en 1978. La visita al Vaticano merecería tratamiento especial que no viene aquí al caso. Pero no resisto extenderme algo más sobre otros dos viajes a

«Se trata de extender la protección diplomática y consular española en favor de nacionales de países hispanoamericanos residentes en terceros países en que aquéllos no tuviesen su propia representación diplomática o consular. Se ha conseguido ya insertar una cláusula específica a tal efecto en el último tratado bilateral hispano-mexicano. A pesar de innegables dificultades de personal y presupuesto, estimo que la propuesta —hecha bilateralmente a los distintos países por España— merecería tomar cuerpo para crear desde los cimientos esa Comunidad iberoamericana con la que soñamos»



países europeos en cuya organización intervine, en esa etapa pre-constitucional.

había aplazado las visitas de Ministros o de jefes de estado europeos que se concentrarían en la primera y la tercera fase de dicha Conferencia, en julio 1973 y julio 1975, respectivamente. Sólo se hicieron dos excepciones: con los Ministros de Exteriores, de la R.D.A., y de España, López Bravo, en la primavera de 1973; y con los Príncipes de España, en junio de 1975, asunto que dejé bien atado con el Presidente Kekkonen y con el Primer Ministro, el socialde-mócrata Sorsa. El éxito de esta visita queda reflejado en el comentario que López Rodó cuenta (en "La larga marcha hacia la Monarquía") que le hizo la Reina Sofía: "¡Qué confuso está el mundo! Los Reyes de Dinamarca no quieren saber nada de nosotros... y en cambio van a Rusia en viaje oficial. De otra parte, nos han recibido muy bien en un país socialista como es Finlandia". Esta política inteligente e independiente del gentil país nórdico contrasta y desmiente la malévolac acusación de "finlandización", inventada por medios nacionalistas centroeuropeos partidarios en cambio de su propio "drang nach Osten".

La visita a Bélgica, en noviembre 1977, no podía realizarse bajo mejores auspicios (salvo los meteorológicos): la estrecha relación existente entre las dos Casas Reales,

Con motivo de la celebración de la Conferencia sobre la Seguridad y Cooperación en Europa (noviembre 1972-agosto 1975), el protocolo finlandés la presencia de la Reina española en el Palacio de Laeken, los fraternales y atinados consejos que Balduino daba a nuestro joven Rey, para no hablar de los lazos históricos entre los dos países —suficientemente conocidos—, que tuvieron su colofón en la labor humanitaria personal de Alfonso XIII y de su Representante diplomático en Bruselas, Marqués de Villalobar, durante la primera guerra mundial. Añadamos a todo esto el certero enfoque europeo que el Rey impulsaba y que había de encontrar su meta en la capital de la Comunidad europea, placa giratoria del viejo Continente.

Estas fueron las ideas que presidieron los actos programados en Bruselas y en Gante, con un magnífico desarrollo. En cambio la visita a Lieja tenía un objetivo preciso: el contacto con los trabajadores españoles emigrados, en su mayor parte mineros y metalúrgicos, y sus familias. En contraste con alguna advertencia previa de los belgas (recuerde, Embajador, que la llaman "Liège la rouge" me decían) el encuentro de Sus Majestades con las familias españolas fue tan emotivo que dejó asombradas a las autoridades socialistas provinciales y municipales, y a los propios Príncipes de Lieja, Alberto y Paola, hoy felizmente reinantes.